

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Anselm Parés, monje de Montserrat
3 de julio de 2016
Is 66, 10-14c / Gal 6, 14-18 / Lc 10, 1-12.17-20

El evangelio según S. Lucas que nos ha sido proclamado hoy, queridos hermanos y hermanas, nos habla de evangelización. Efectivamente se nos dice que Jesús envió setenta y dos discípulos, de dos en dos, a evangelizar a todos los pueblos y en cada lugar donde Él mismo tenía que ir. Aquí el número 72 es simbólico e indica plenitud. Es un múltiplo de 12, en este caso son seis veces doce. En un fragmento anterior del mismo Evangelio, se nos decía que Jesús había enviado a los doce apóstoles a predicar. Ahora no basta con los doce, envía seis veces más. Esto quiere decir muchos. Se debe llegar a todas partes, hasta los extremos de la tierra, como Él mismo dirá antes de su ascensión al cielo.

Los envía sin medios; sin bolsa, sin alforja, sin calzado. Totalmente en manos de la divina providencia. Se alojarán en las casas donde los acojan los pueblos donde van a predicar. Y deben enviar la paz del Señor a los miembros de la casa. Deben quedarse en la primera casa donde los hayan acogido, y comer lo que les pongan en la mesa. Y añade "curad a los enfermos que haya en ella y decidles: El reino de Dios ha llegado a vosotros". Y la predicación de los setenta y dos dio mucho fruto. Se nos dice que los setenta y dos vuelven exultantes a Jesús diciéndole "Señor hasta los demonios se nos someten en tu nombre".

¿Y en nuestro tiempo? ¿Cómo va la evangelización? Se ha hablado mucho de nueva evangelización. Ahora parece que no se habla tanto. Con todo, nos encontramos en el año santo de la misericordia, proclamado por el Papa Francisco. Este año santo debe permitir y facilitar el retorno al seno de la Iglesia de los cristianos que se hayan alejado y que así lo deseen. Por eso el Papa ha nombrado unos misioneros de la misericordia, para que lleven la misericordia y el perdón de Dios a sus ámbitos de evangelización.

¿Cuáles serán los frutos del año santo de la misericordia? En el futuro veremos. Con todo, me gustaría hacer una breve reflexión sobre la evangelización en tiempos de Jesús, que hemos contemplado en el relato evangélico de hoy, con resultados ubérrimos, que se prolongaron en los inicios de la vida de la Iglesia, tal como nos ha transmitido el libro de los Hechos de los apóstoles. Y la evangelización en nuestros tiempos, parece que con resultados más bien escasos.

Una primera diferencia que veo entre la gente de nuestro tiempo, y la del tiempo de Jesús y de la Iglesia primitiva, es que hay muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo que viven distraídos. Hay distracciones provocadas por el exceso de consumo de televisión, de internet, de espectáculos diversos, de eventos deportivos, de ofertas de ocio, de consumo masivo de objetos, de modos de vestir, de viajes turísticos. Y este fenómeno va en aumento. No sé si queda mucho tiempo a estas personas para leer un buen libro; y para escuchar, leer y meditar la Palabra de Dios.

Por otra parte, la predicación se hace normalmente a través de la palabra, concretamente de la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura. Palabra que sale de la boca del predicador y llega, si no está demasiado distraído, al oído de la persona que escucha. Con todo, debemos contar con la acción de Dios en la obra de la evangelización. Me explico. Según nos dice S. Agustín, el predicador habla al oído de la persona, pero al mismo tiempo Dios, si lo desea, habla al corazón del oyente. Es esta acción de Dios la que hace que la predicación dé fruto.

Hay también la vía del ejemplo del predicador, ya que la palabra puede llegar a entusiasmar, pero el ejemplo arrastra. Se debería trabajar para que cada vez se puedan aplicar menos estas palabras de Jesús a sus discípulos: "Haced lo que os dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen". Estas palabras de Jesús se referían a los maestros de la ley y a los fariseos, pero pienso que se pueden aplicar a los predicadores de todos los tiempos. Deberíamos trabajar para procurar disminuir las incoherencias entre la vida y la predicación. Sin lugar a dudas es un tema difícil, pero hay que tratar, contando con la ayuda de Dios que nunca falta, si se le pide con sinceridad de corazón.

Podemos pedir a Dios, en esta Eucaristía que estamos celebrando, su ayuda para los predicadores y los oyentes de la Palabra, para que esta Palabra penetre cada vez más en el corazón de los cristianos, y dé más fruto. Que así sea.